

¿Qué pasa cuando las comunidades rurales carecen del derecho a la educación?

Ni la historia ni las estadísticas se equivocan: la educación rural tiene una prolongada discriminación por parte del Estado, quien tiene el deber de facilitar el acceso y la permanencia en el sistema educativo de las poblaciones campesinas. A su vez, quienes habitan los sectores rurales han mantenido una actitud pasiva para reclamar lo que por derecho les pertenece. Pero, ¿Qué es lo que pasa cuando las poblaciones, y no solamente rurales, no amplían su visión de la vida y no analizan críticamente lo que acontece en su entorno y alrededor del mundo?

Afirma Fernando Savater “No somos humanos por el hecho de nacer como humanos, necesitamos de la educación para alcanzar los niveles de humanidad”. Los niveles de humanidad los entendemos desde los procesos de bienestar individual y colectivo, que a su vez definimos según la estructura de valores y de necesidades por la cual optamos y en esta decisión tiene una gran influencia la educación que recibimos. Todos nuestros pensamientos y comportamientos son reflejo de la formación que recibimos y quienes orientan la educación la definen por unos intereses institucionales, sean del gobierno de turno, de la institución religiosa, de la empresa que contrata el “servicio educativo” y en el mejor de los casos, de la comunidad que puede incidir en la orientación de la educación que quiere para sus integrantes.

Hasta hace muy poco, las comunidades rurales solamente tenían la posibilidad de acceder a la básica primaria y quienes contaban con la suerte de algunos recursos continuaban con el bachillerato en las zonas urbanas. Curiosamente esto coincidió con el desplazamiento de las poblaciones campesinas a las ciudades, causando la pérdida de sus tierras, de la cultura y de sus redes de afecto y organización. La tierra y la agricultura se convirtieron para los jóvenes campesinos en sinónimo de pobreza y el mayor deseo de sus padres como legado histórico fue “estudie mijo pa´ que no le toque la vida que me tocó a mí”.

No podemos decir que en la actualidad no existan programas de educación para que el gobierno pueda afirmarse en el programa de “cobertura educativa”. Existen programas para todos los gustos: presenciales, semipresenciales, por televisión, por computador, entre otros. Y los orientadores de la educación somos tan diversos como los mismos programas: instituciones del gobierno, instituciones religiosas, empresas privadas, organizaciones no gubernamentales sin ánimo de lucro, empresas familiares, todos orientando la educación. Claro que esta diversidad de instituciones y de programas no significa necesariamente que la calidad y la permanencia de la educación estén en las mismas condiciones. Hay tantos propósitos y planes de estudio como instituciones educativas, algunas con avances significativos fruto de reflexiones pedagógicas que las impulsan a arriesgarse en la innovación y en la educación pertinente a los territorios. Pero parece que lo único común que existe en los intereses educativos en el país son las pruebas ICFES que de por sí se han convertido en la causa de mayor esfuerzo de las instituciones por lograr niveles altos en la evaluación. Esto pone en duda el sistema de evaluación de la educación colombiana, pues no existen criterios de permanencia de los estudiantes en el territorio, mejoramiento de las condiciones de vida, investigación y aplicación de tecnologías pertinentes para la satisfacción de las necesidades de la población, etc.

El sistema educativo tiene unas características que no garantizan la continuidad de los programas, no permite que los grupos de estudiantes se organicen y se integren en procesos de largo plazo, pues todo ello depende de la contratación y de los recursos que el gobierno asigna. Esto ocasiona problemas de desmotivación, deserción, inestabilidad de los docentes y baja remuneración a su trabajo. Por eso hoy las poblaciones rurales continúan presentando, y con más fuerza, los mismos problemas que tenían hace años y que ahora nos llevan a reafirmar lo que algunos analistas comentan: “El modelo de desarrollo y las políticas gubernamentales están empeñados en llevar a la extinción a las poblaciones y las culturas rurales del país”.

Jorge Hernán Marín - Rector - Centro Educativo La Ceiba